

bles, que son de un instinto muy fino, y de una sensibilidad nada dudosa para cuanto pertenece á sus operaciones; pero estos séres no pueden tener conciencia de que vivieron ayer, ni temer de no vivir mañana: nada saben de lo pasado, ni puede importárseles un ardite de lo que fueron sus ascendientes, ni un bledo de lo que serán ellos. El hombre que no quiere saber lo que él vale, porque pertenece á una familia, en la cual la vida física casi no es nada al lado de la vida moral é intelectual, de las tradiciones: y las doctrinas de sus mayores y de sus glorias, de las cuales él es solidario, y á cuyo aumento debe contribuir siguiendo las mismas tradiciones: el hombre que rompe tan bruscamente con ese peso, llamémoslo inmenso, de gloria y de grandeza inmortal, algo ménos que hombre parece que es, y algo menos que hombre pretende que se le llame. Pero hay otro crimen en esa revolucion, y es el de ponerse en guerra abierta con Dios, y despreciar las sentencias que salen de sus lábios, teniendo la osadía temeraria de abocarse con él, y alegarle razones falsas é inúcuas, no cesando de blasfemar, aunque Dios se digne responderles, y aunque con justa indignacion los anatematice. Veremos esta temeridad bien palpablemente delineada en el diálogo que la revolucion tiene desde hace algun tiempo con el Vicario de Cristo, y en las respuestas de este; lo que nos presta materia para el siguiente artículo.

## §. II.

### *Los anatematismos.*

Una gran escena se está representado, hace tiempo, en el seno de la sociedad católica, cuyo exámen sincero y desapasionado causa pavor al hombre pensador. Es un combate que tienen empeñado algunos hijos de la gran familia cristiana con su padre; y en esta contienda se advierte que los llamados hijos, han asumido un papel, que en el orden social seria un atentado contra los

derechos naturales de la paternidad; y en el religioso es una especie de monstruosidad, repugnante á la razon esencial que cada viviente tiene para ser lo que es, y existir como existe. Porque con la historia y la tradicion en la mano, está demostrado indudablemente, que esa existencia religiosa de los pueblos, ese modo de ser en el orden moral, que tienen las naciones civilizadas por el Evangelio, se lo deben todas á la predicacion del mismo Evangelio, donde están consignados los principios de verdad eterna; y á la solicitud de la Iglesia gobernada y enseñada por el Vicario de Cristo, que tiene el encargo de conservar la fecundidad virginal de la doctrina revelada, y hacer que se prapaguen sus frutos por toda la tierra. ¿Qué pretenden por tanto estos hijos de nueva especie que están interpelando al Papa, hace tantos años, y no quieren cesar de gritar, por mas que oigan razones infalibles de los labios del que hace en la tierra las veces de Dios? Un absurdo increíble: saben que el Vicario de Cristo es quien les ha dado por medio de su santísimo ministerio el sér moral que tienen de cristianos; y se empeñan despues de haber sido engendrados en la fe y en la doctrina. que los engendre de nuevo, y que les quite el sér que tienen y les dé otro; no como lo intenta el que engendra, y no puede engendrar sino segun las prescripciones de una ley eterna é inmutable, sino segun le agrade al que ha de ser engendrado. De modo que esos hijos intentan que su padre en vez de engendrar séres que sean lo que él es, engendre mónstruos.

En esta escena no hay más que dos personajes; y cuanto es noble, santa y magestuosa la figura de uno, tanto, y con muchos grados más es innoble, criminal y envilecedora la del otro. Es este personaje degradado la revolucion, que se empeña en que el Vicario de Cristo descienda por su propio querer del trono glorioso en que Jesucristo lo sentó cuando lo nombró su Lugar-teniente en la tierra; y consagró con su aquiescencia cuanto la revolucion misma ha introducido entre los hombres, respecto del nuevo modo de vivir en sociedad con des-

precio del derecho natural y divino. Atrevidas son las sugerencias; pero admirables, y características de la verdad, las respuestas; horribles son las últimas razones de la revolución, pero pavorosa la última contestación, Veámoslas.

Padre Santo, dice la revolución, vuestro pueblo está inquieto y vive perturbado, porque no es gobernado por instituciones liberales, ni le permitís asociarse al progreso de las naciones modernas; dádselas, pues os exponéis á que él se constituya como le agrada, y como dueño de sus destinos, se dé el gobierno que mejor le acomode. *No podemos*, responde el Pontífice: no es cierto que mi pueblo se agite por sí; ni tampoco se agitaría jamás, si los sectarios del error no se introdujesen en su pacífico seno, para corromper su inocencia con doctrinas impías. Mirad, decía una voz hipócrita, que hay hombres mal intencionados, que pretenden entrar á mano armada en vuestras provincias, para proclamar los derechos del pueblo, y sublevarlo, y plantear los principios liberales que hoy día labran la felicidad pública; antes que suceda, hacedlo Vos, dándoselas con generosidad; dádselas, para no tener que entrar en vuestro dominio con tropas, á pacificar vuestras provincias y satisfacer las aspiraciones del pueblo, como manda el derecho y lo exige la justicia.—*No podemos*: esos hombres de designios malignos son enviados por vosotros; por vosotros que conculcáis el derecho, y colocáis la justicia en la fuerza brutal de las armas, y despreciáis la ley de Dios.—Mirad, que hemos entrado con sesenta mil soldados en vuestros Estados, y el pueblo ha sancionado su alzamiento con un plebiscito, á lo que no podeis oponeros; porque el pueblo es soberano de sí mismo, y él es quien manda en sí; sancionadlo; decid, que el plebiscito es el principio de la autoridad, en el cual ha sentado la base de su existencia la moderna civilización.—*No podemos*: vosotros sois los que habeis aniquilado cruelmente mis fieles soldados en el campo de vuestro deshonor; los que habeis tiranizado á mi pueblo con vuestras armas; los que habeis derramado dinero sin fin, para corromperlo, para comprar en vil mercado su lealtad, para propor-

cionarle embriaguez y libertinaje; y ese plebiscito no es más que un juego, con que pretendéis engañar al mundo, y un medio para colocar la injusticia y la rapiña en tronos donde debia reinar la equidad, y conservarse, como en su propio alcázar, el honor.—Os daremos garantías, Santo Padre: hemos formado convenio de soberanos, para daros de comer, y no permitir que nadie toque vuestra augusta persona, y gobernéis la Iglesia con toda libertad, pues nosotros respetarèmos sus instituciones.—*No podemos*: ¿Qué derecho teneis vosotros para hacer convenios sobre lo que Nos habeis quitado? ¿De dónde os ha venido ese derecho? ¿Es acaso el Vicario de Cristo algun pupilo, ó algun demente, para que le instituyais un tutor; y sois vosotros tan poco cuerdos, que deis por tutor al mismo que lo ha despojado de sus bienes, y se ha enriquecido con ellos? *No podemos*: pues no hay derecho natural, ni divino que os autorice á formar ese convenio; siendo vosotros mismos los secuestradores de nuestra propiedad, los corruptores de nuestro pueblo, y los invasores armados de nuestros Estados? *No podemos*: no podemos dar crédito á vuestras palabras; pues apenas habeis entrado en Nuestras provincias, léjos de respetar la Iglesia y sus instituciones, habeis erigido templos al cisma, habeis establecido la desmoralización de costumbres, estais regalando libros impíos, repartiendo pinturas obscenas, abriendo teatros de licencia é impiedad; desterrais á los Obispos, los castigais con multas y cárceles, si publican Nuestras Letras, perseguís á los Sacerdotes fieles, dais láuros á los apóstatas, decretais honores á los que han muerto envueltos en crímenes contra Dios y la sociedad, suprimís los institutos religiosos, arrojais á la calle á las vírgenes que se han consagrado á Dios en el claustro, poneis la mano en los bienes de las Iglesias, y asesináis á los ministros del Señor. *No podemos*: porque está escrito para instrucción de los reyes, que Dios es quien dá el reino á quien le place, (1) y que la potestad de los reyes, y la autori-

(1) Dan., cap. IV, v. 14.

dad para gobernar á los pueblos, solo viene del Altísimo; (1) y para la de los pueblos está escrito tambien, que toda alma debe estar sometida á las potestades mas altas que ella; y que no hay potestad que no venga de Dios y no sea ordenada por él, (2) y á los súbditos manda Dios, que obedezcan á sus superiores y les esten sujetos (3) *No podemos*: porque ese sofisma de la soberanía del pueblo, es invencion del error, para oponer la fuerza brutal al derecho, á la justicia y á la autoridad legítima: y ese plebiscito que habeis formado, no ha salido de mi pueblo, sino de miles de hombres perdidos, comprados por vosotros para venir de léjos á dar un colorido, que es el sarcasmo de la razon humana, á vuestras rapiñas é iniquidades.

Bien claro tenemos á la vista el tristísimo drama que se representa en el seno de las naciones, civilizadas antes por el Evangelio, y seducidas hoy con una palabra mal entendida, y otra adulterada en su significacion genuina, las cuales son *progreso y libertad*. El crimen meditado por algunos años es ya un hecho consumado: el desenlace de tanto amaño hipócrita y de tanta iniquidad y malicia, como encerraban ciertas estipulaciones y ciertas promesas fementidas, habia de ser lo que hemos visto, el cautiverio del Vicario de Cristo, La unidad moral de los que simulan y publican, que aman á los pueblos, á quienes ametrallan sin piedad cuando llega el caso, y á quienes dicen que temen no concederles sus derechos, siendo así que los atan con una cadena dorada con el oro nuevo de la llamada *libertad*, dándoles despues por alimento lo que el pródigo ansiaba, cuando estaba entregado á los excesos de la carne; (4) la unidad moral, repetimos, que intentaba la revolucion, que de todo tiene temor, ménos de Dios, ha producido su último resultado, que era la destruccion del dominio temporal del Sumo Pontífice, y con ella su encadenamiento, para que no pueda gobernar la Iglesia con independenciam.

(1) Sap., cap. VI, v. 4.

(2) Rom.; cap., XIII, v. 1.

(3) Hebr., cap. XIII, v. 17.

(4) Luc., cap. XV, v. 16.

No sabemos decir si, al ejecutar sus planes, la revolucion ha sido ó más astuta, ó más insensata; el desenlace, que está escrito en los libros de la Providencia, nos dirá sin duda que el segundo extremo fué lo que en ella prevaleció. Por ahora, lo que aparece muy claro es su astucia criminal. Vió que dos colosos se estaban destruyendo mutuamente en guerra cruel; lo vió, y se alegró; alegróse mucho más de que uno de estos gigantes, fiel á sus palabras de promesa solemne de no extender su brazo armado sobre el Papa para protegerle, dejando ese encargo á la misma revolucion, habia mandado arrollar su bandera, de aparente proteccion al que debia dejar abandonado á la suerte que anunció aquel escrito, de que hemos hablado yá: vió que una gran monarquía, á cuyos ascendientes imponian la corona los Papas, y á quienes como emperadores de los romanos incumbia protegerlos, habia dicho solemnemente que, "en consecuencia de ciertas resoluciones del Concilio Vaticano, ha debido declarar que no se consideraría ya ligado por el Concordato, establecido sobre bases muy diferentes" (1) Comprendió que los sucesores de los Otones, y de aquel Enrique, que dispensó tantos favores á la Iglesia y repuso en su trono á Benedicto VIII, fugitivo por las persecuciones de los malos, no estaban dispuestos á *desaprobar la invasion de los Estados Pontificios*; por cuanto una voz salida de aquel sόlio, en otros tiempos glorioso, decia, que *no se creía autorizada á censurar á una nacion extranjera, que tiene conciencia de sus actos, y de haber obedecido á las necesidades de la situacion*. (2) Viendo que en las regiones más elevadas de la sociedad, se daba el nombre de conciencia á la que prescindia de los principios del derecho natural; que se respetaba esa conciencia, formada, no por las reglas inmutables de la ley, y por lo que piensan y hacen los que la observan, sino por los axiomas y los hechos de los revolucionarios; y que además se la honraba, llamándola *conciencia pública*; viendo, por fin, que no habia entre los soberanos

(1) Libro rojo de Austria.

(2) Idem. Id. id. id.

quien se fuese á oponer á su última empresa, por que la única voz, que quizás se hubiera dejado oír con grandeza y energía, habia enmudecido por efecto de otra revolucion: viendo todo esto la revolucion piamontesa, exclamó llena de entusiasmo *Llegó la hora: consumemos de una vez la obra, pues nadie nos lo impedirá* (1).

Con toda esa astucia ha procedido la revolucion, á cuya marcha han abierto el camino los principios absurdos que se están publicando, desde que se formó la liga moderna contra Dios y contra quien lo representa en la tierra. Basta ya de paciencia, se dijo á sí misma: está convenido que nadie puede intervenir en asuntos de otros pueblos, sino que debe dejarse á estos en plena libertad: para que ellos labren su suerte, y formen sus destinos segun les agrade, derribando tronos y monarquías, y dándose potestades á su antojo: basta ya de estar oyendo siempre ese *No podemos*, con que contesta el Papa á cuanto se le dice que haga: hagámosle entregar á la revolucion su trono, y retirarse á vivir como cualquier otro sacerdote; pues todos los de su clase están viviendo bajo la potestad de los reyes, y tienen que permitir que florezcan las instituciones liberales. ¿Qué es eso de tanto *No podemos*, con que se opone á los progresos del siglo, y á los derechos de los pueblos? Veamos ahora que está solo de qué le sirve estar invocando siempre el derecho y la justicia. Dice sin cesar, que su causa es la de Dios y que deja á este el cuidado de defenderle: veremos si es así; entraremos en sus dominios con ejércitos poderosos y arrastrando cañones y morteros: él invoca el derecho y la justicia; pero nosotros invocaremos el derecho de los arietes, pues en ellos bien manejados y en las falanges bien ordenadas está el

(1) La Gaceta del pueblo, (Roma 11 de Octubre de 1870, núm. 18, pág. 69, col. 1<sup>a</sup>) explica perfectamente la mente de la revolucion, pues hablando con los consejeros del Sumo Pontífice, les dice las siguientes palabras: «si creéis que alguna potencia extranjera quiera emprender una guerra por vosotros, os equivocais mucho, mucho..... Ni aun la misma reina de España lo haría, si volviese al trono.» Esto decia el diario revolucionario; y nosotros diremos, como de paso, que recojemos esas palabras como un testimonio solemne que la revolucion, dá á España, del celo que ha tenido en todos tiempos por la defensa

verdadero derecho. (1) Caigan esos muros que lo defienden; asestemos bocas de fuego á esa roca inexpugnable, y entremos á sangre y fuego en Roma; pues no hay quien pueda impedirnoslo.

Así habló la revolucion impía; y despues de haber consumado el crimen: despues de haber despojado al Padre Santo de sus dominios, y tomado sus tesoros, los tesoros enviados por todos los católicos del orbe al Vicario de Cristo, y en su nombre á san Pedro: despues de haber reducido á su habitacion al sucesor de san Pedro y privádolede su libertad: despues de ejercer sobre su palacio una vigilancia severa, reteniendo las cartas que le dirijen los fieles, y registrando á los que salen de la morada pontificia, la revolucion se presenta altiva y sarcástica, diciendo: Oiga el Papa: le habíamos ofrecido garantías extraterritoriales y una soberanía en su ciudad leonina; pero sepa, que “una fuerza irresistible ha impulsado á Italia á apoderarse de Roma, y con la misma fuerza debe apoderarse de la ciudad leonina: ella debe dar

de la Santa Sede Apostólica. Por eso la misma revolucion está trabajando hace ya sesenta años con un empeño infernal, para arrancarla su fe, esa fe que la hizo tan grande y tan gloriosa en épocas pasadas. Aun en medio de la decadencia á que esta nacion, privilegiada en su catolicismo, se ha visto reducida, por haber abrasado muchos de sus hijos las doctrinas revolucionarias, ha dado pruebas nada equívocas de que siempre se ha creído la defensora más natural del Vicario de Cristo, no ya por estar tan inmediata á su Cátedra Apostólica como la Francia, sino porque era ella entre todas las naciones la que podia llamarse *virgen en la fe*, por no haber dado jamás abrigo á ninguna herejía. La reina D<sup>a</sup> Isabel, á cualquiera parte que fuere, llevará consigo la gloria de haber sido la primera, que en 1848 declaró no poder mirar con indiferencia la ocupacion de Roma por los revolucionarios, enviando allá su ejército y su escuadra; y la de no haber querido conocer el reino de Italia, sino despues de haber resistido por mas de tres años, habiendo tenido que ceder al fin, por causas que saben todos los que estudien esa maquinaria política de los pueblos donde hay gobiernos representativos. Con gusto damos este testimonio á nuestra nacion católica, deplorando que ahora no pueda hacer nada. Hoy la España no es de sí misma: una presion anti-católica no la permite manifestar lo que fué siempre; la defensora de la Santa Sede.

(1) Véase lo que decia el general Cadorna en Roma á 21 de Setiembre: «Romanos: La bondad del derecho y la fuerza del ejército me han colocado en pocas horas entre vosotros, reivindicándoos la libertad.» (*Gazzet. di Roma*, 21 Sett., pág. 3, col. 1<sup>a</sup> lín. 47.)

cumplimiento á esa parte esencial de la revolucion que consiste en destruir el poder temporal del Papa." (1) "Tambien le hemos ofrecido la libertad, correo, y telégrafo propios, y no los quiere; quejándose de que no es libre; ¡cosas del Papa! No merece la pena de oír lo que dice." (2) "No somos responsables de ese estado en que se encuentra: es el Papa mismo por su imponderable ceguera, y sus consejeros por su obstinacion." (3) Oid pues lo os que dice la revolucion; pues los que la hacemos, somos vuestros hijos devotos: "despojáos de ese retazo de poder que os queda, que no os sirve de nada; aceptad sin restricciones ni reservas la palabra de Cristo, que os ha dicho donde está su reino; dejad ese poder, y consagraos á millones de millones de católicos, á quienes debe de llegar vuestra palabra venerada y sagrada: sed Papa, y no seais rey: sed Vicario de Cristo, y no gobernador malamente impuesto á algunas centenas de hombres: en fin, pensad en la Iglesia y no en el reino, para que aquella, inspirándose en el espíritu vivificante de la libertad, pueda resplandecer con nueva luz, adquirir nueva autoridad." (4) Apénas puede concluirse esta relacion, sin que el alma se cubra de luto. Hemos dicho antes que esta revolucion es en su esencia de la misma naturaleza que otras que la han precedido contra la Iglesia y su cabeza visible; pero debemos añadir, que, en su conjunto y en cuanto al modo se distingue de todas, por su arrogancia y altivez y por sus bárbaras irrupciones, mas bárbaras por efecto de una ilustracion depravada, que las de los bárbaros que carecian de ella; pues sabemos que Atila se postró ante el Sumo Pontífice, y Genserico escuchó sus ruegos. Parece que la revolucion actual es una especie de fuego volcánico que, contenido muchos años por inmensa mole, abre al fin una boca horrenda, por donde brotan torrentes de lava que destruyen en pocas horas ciudades y campiñas, y lo asolan todo. En verdad: el sarcasmo del vencedor sobre el venci-

(1) *Gazzet. del Popol.* 29 Settem. 1870, n.º 8, p. 29 c. 2.

(2) *Ibid.* 8. Ottob. p. 59, c. 2, 1. 4.

(3) *Ibid.* 7 Ottoc. n.º 14, c. 2 y 3.

(4) *Ibid.* 29 Sett. n.º 8, p. 29, c. 3.

do es el mayor envilecimiento de las armas: solo el tigre se relame con ojos chispeantes y rugidos de deleite sobre su presa; pero en la consumacion de una empresa satánica, así es como se canta el himno de la victoria.

Mejor es trasladarse al campo de la sinceridad y de la dureza de la doctrina: para consuelo del corazon oprimido con la balumba de tanta hipocresía, y de tanto perjuicio, conviene elevar las miradas al Vicario de Cristo, al Mártir del Vaticano. Oiganse sus respuestas á las últimas interpelaciones de la revolucion; pues dan nuevo temple al alma, é imprimen terror al impío. «Tiempo es ya, le ha dicho la impiedad, que entreis en pacto con nosotros: ya nadie os libraré de ser súbdito, como lo son todos, de una revolucion que lleva púrpura, centro y espada.» *No podemos*, ha respondido como siempre el venerable Pio IX con la misma magestad: *No podemos*: pero esta vez ha sido su voz sonora como la del cielo, cuando despide rayos, y terrible como la de Dios, cuando habla en su ira y manda á la montaña erguida que se precipite en el Océano. Huyan, ha dicho, de nuestra presencia, la mentira, la hipocresía y el error. Nuestro pueblo gozaba de una paz inalterable, y habeis venido á perturbarlo, diciendo con mentira que no reinaba el órden en su seno, y que queriais establecer en él los principios de moralidad. ¿Por qué intentais unir á Cristo con Lucifer? ¿Por qué la verdad con la mentira? Nos habeis despojado con violencia del poder temporal, que Dios Nos dió; habeis arrojado sobre Nuestra Cátedra plomo, hierro y fuego, asesinando á Nuestros hijos que la defendian y decís que venís á dispensarnos proteccion, mientras que en realidad Nos habeis constreñido á una servidumbre, que nos impide gobernar la Iglesia universal. ¡Oh! no: no entraremos jamás en convenios con la mentira y el error: Nos habeis reducido á un corto espacio, del cual no podemos salir; pero tened entendido que, bien podeis reducirnos á lóbrega prision; y darnos el negro pan del desterrado para comer, y las lágrimas amargas del cautivo para beber, más no por eso conseguireis vuestros intentos sacrílegos: triunfareis de un anciano, reduciéndolo á cautiverio, ó dando

fin á sus días; pero no sobre el derecho que Dios ha establecido; no sobre la justicia de su causa. Si Nos, no viéremos el día del triunfo, lo verá Pedro; Pedro que vive con Nos en su Cátedra, y vivirá y presidirá en ella con Nuestro sucesor. En cuanto á entrar en convenios con ese progreso impío de la civilizacion, que pretende separar á los hombres de Dios y del Evangelio de su Hijo; en cuanto á hacer pactos con la revolucion, que constituye el derecho en la fuerza; y en cuanto á abdicar el derecho que tenemos de poseer el dominio temporal, con que Dios se ha dignado enriquecer á su Iglesia, tened entendido, que estamos dispuesto con la gracia del cielo á dar Nuestra vida, antes que consentir en ello. Y, puesto que os hemos amonestado muchas veces, aconsejándoos que os separáseis de los caminos de la iniquidad y de la injusticia, y habeis despreciado Nuestros avisos paternales, permaneciendo obstinados en el mal: puesto que habeis declarado la guerra á aquel Dios, que Nos ha constituido su Vicario en la tierra; por la autoridad del mismo Dios Todopoderoso, y de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y la Nuestra, os arrojamos de la comunión de los santos, y os echamos fuera del seno de la Iglesia católica, y os condenamos al anatema eterno, á vosotros los que habeis consumado la ocupacion de Nuestras provincias, la invasion de Nuestra santa ciudad, y la usurpacion de Nuestro dominio; á los que lo han mandado ejecutar, á los que han dado favor, y prestado ayuda; á los que lo han aconsejado, á los que se adhieren á este atentado, y á cuantos lo han procurado ó ejecutado, sea cual fuere su dignidad, aunque fuere de aquellas que llevan un nombre especial. (1) Hé ahí la voz temible, que ha contestado al fin á la revolucion. Y ¿qué significa esta voz? Terrible es su contenido; pues dice así: "sea vuestra parte con Satanás á sus ángeles, y con todos los precitos en el fuego inextinguible del infierno, mientras no os arrepintais, y hagais penitencia. (2)

[1] Encíclica *Respicientes ea.*

[2] Pontífice. Rom., II p. Ord. excom,

La escena del espectáculo que describimos está en su último acto: la revolucion, no solo parece que triunfa, sino que se le consagran mantos purpurados y coronas duplicadas: el telon cayó y ya no se oyen otros rumores, sino los de los gritos, de los victoriosos, quienes pretenden ahogar los ayes de doscientos millones de almas que lloran por el triunfo; no faltando algunas que llenas de timidez piensan que la torre de Babel va á concluirse esta vez. A estas almas hay que repetir aquellas palabras con que el profeta Jeremías consolaba á los israelitas, cuando creian próxima á perecer su raza: oid, decía al pueblo escogido á quien Dios afligia en su misericordia; *esto dice el Señor: descansa tu voz del llanto, cesen tus ojos de llorar: porque hay recompensa para tus obras, y tus hijos volverán de la tierra enemiga.* (1) A estas almas hay que decirles que aviven su fe, y oigan lo que decía Isaías tocante á una ciudad, en la cual estaba simbolizada la gran revolucion de los hombres contra Dios y contra su ungido. *Yo he mandado á los que tengo elegidos, dice el Señor: he llamado en mi ira á los valientes, que van alegres en mi gloria. Voz de muchedumbre en las montañas como de muchos pueblos: voz de sonido de reyes y de gentes y naciones reunidas: el Señor de los ejércitos se puso al frente de las milicias de guerra.* (2)

No hay que temer que prevalezca la impiedad: la escena ulterior llegará, siendo Dios quien levante el telon que la revolucion ha corrido, creyendo que el drama está terminado: falta la escena trágica, para la cual él mandará á los que vienen de tierras lejanas, del punto más alto del cielo. No importa que la revolucion diga que, si bien "los soldados italianos se han debido abrir paso á cañonazos, para entrar en la ciudad eterna, no eran estos disparados ni contra la Iglesia ni contra el Papa, sino contra un soberano semejante á los demás soberanos de la tierra," (3) pues aquel que manda á los ejércitos, sabe que no es así, no ocultándosele los secretos de los

(1) Jer., cap XXXI. v. 16.

(2) Isai., cap. XIII, vv. 3, 4.

(3) *Gazzet. del Po.* 4 Octob. 1870 n.º 12 pág. 45, col. 3, lín. 6.